

La «desaparición». Los historiadores alemanes y el fascismo

Enzo Traverso



Kras

Puesto que el problema del comparativismo histórico está en el centro de esta jornada de estudios,¹ me gustaría evocar el recuerdo de un investigador que en cierta forma lo ha encarnado: Timothy Mason. Una de sus últimas contribuciones, que data de 1988, se titula “¿Qué le ocurrió al «fascismo»?” y subraya una tendencia que se acentuó en el curso del siguiente decenio: la desaparición del concepto de fascismo en la historiografía alemana.² Quisiera centrar mi reflexión sobre este tema.

Cuatro grandes debates han marcado las dos últimas décadas: el *Historikerstreit*, en 1986-1987; la correspondencia entre Martin Broszat y Saul Friedländer, un año más tarde; la querrela en torno del libro de Daniel J. Goldhagen sobre los “verdugos voluntarios de Hitler”, a mediados de los años noventa; finalmente las polémicas, esta vez internas a la disciplina histórica y puramente “germano-alemanas”, suscitadas por el *Historikertag* de 1998.

En primer lugar, el *Historikerstreit*, en 1986-1987, desencadenado por las tesis de Ernst Nolte sobre el pasado alemán “que no quiere pasar”. Su interpretación del nazismo como reacción a la revolución rusa de 1917 y sobre todo su visión del *judeicidio* como “copia” de un “genocidio de clase” perpetrado por los bolcheviques en el curso de la guerra civil posterior a la revolución de Octubre, han sido el objeto de polémicas bien conocidas. Nolte ha sido acusado, con justa razón, de haber soslayado las raíces alemanas del nazismo al reducir sus crímenes a la categoría de derivados, por cierto lamentables, de una lucha por la supervivencia del amenazado Occidente, en el fondo, justificada. Jürgen Habermas ha sido el principal antagonista del historiador de Berlín, a quien ha tachado de haber hallado así una manera cómoda de “liquidar los daños”, de “normalizar” el pasado y de disolver la responsabilidad histórica de los crímenes del nacional-socialismo.³

Un año más tarde tenía lugar, al amparo de los folletines de la prensa diaria y de la pantalla de televisión, un debate metodológico destinado a tener un impacto muy fuerte en los medios de investigación. Publicada casi simultáneamente en alemán y en inglés, la correspondencia entre Martin Broszat y Saul Friedländer abordó la espinosa cuestión de la posibilidad y de los límites de una historización del nazismo, revelando a la vez

la fecundidad del diálogo y las diferencias de aproximación que derivaban de dos puntos de vista distintos: el de un historiador alemán y el de un historiador judío.⁴ Subrayo esta diferencia, que constituye uno de los aspectos centrales de su correspondencia, no con el fin de “etnizar” el debate, sino para recordar las diferentes perspectivas epistemológicas que subyacen a la “posición” del historiador (lo que Karl Mannheim habría llamado su *Standort*), es decir, a su inserción en un contexto específico social, político, cultural, nacional y *de la memoria*.

A mediados de los años noventa, la obra del politólogo norteamericano Daniel Goldhagen suscita, más allá de los medios universitarios, un vasto debate público sobre la relación de la sociedad alemana con el régimen nazi y sobre el grado de implicación de los alemanes “corrientes” en la puesta en práctica de sus crímenes. Si la tesis de Goldhagen dirigida a presentar el genocidio judío como una empresa colectiva, hasta como un “proyecto nacional” alemán, ha sido objeto de sólidas críticas, cuando no de una verdadera demolición —en gran medida justificada— por la mayor parte de los historiadores, ha representado también un momento importante en la confrontación de la Alemania unificada con el pasado nazi y en la formación de una conciencia histórica, en particular entre los jóvenes, en el centro de la cual se inscribe la memoria de Auschwitz.⁵

En 1998 el tradicional encuentro de los historiadores alemanes, que tiene lugar cada dos años, ha estado marcado por debates muy intensos referidos al pasado de su disciplina. El compromiso, incluso la adhesión abierta al régimen nazi de ciertas figuras líderes de la historiografía de la posguerra como Werner Conze y Theodor Schieder, los antiguos maestros de varios investigadores que hoy dominan la disciplina, han sido objeto de informes y de críticas muy severos.⁶ Este congreso ha diseñado el perfil de una nueva generación —en el sentido histórico y no simplemente cronológico del término, según la definición de Mannheim— aparecida durante la última década (o incluso antes, como es el caso de uno de los portavoces de la oleada contestataria, Götz Aly, que sin embargo había sido marginado o excluido de la corporación de historiadores hasta entonces, al menos en el plano institucional).⁷ En cierta forma era inevitable que, después de haber

sido uno de los vectores privilegiados en la elaboración de una conciencia histórica y en el desarrollo de un vasto debate social sobre el uso público de la historia, la comunidad de historiadores fuera llevada a volver su atención sobre su propio itinerario y a proceder, muy honesta y por lo tanto también muy dolorosamente, a su propia auto-crítica. Hemos asistido a una identificación completa del juez y del historiador, en un proceso donde los historiadores se erigieron en jueces de sus ancestros y de su propia historia.⁸

Estas cuatro controversias presentan por cierto características profundamente diferentes: dos grandes debates de la sociedad que han rebasado ampliamente las fronteras de una disciplina científica (el *Historikerstreit* y el *affaire Goldhagen*), una reflexión metodológica sobre la interpretación de un pasado que se sustrae a los procedimientos tradicionales de la historización (la correspondencia Broszat - Friedländer), finalmente una crisis de identidad interna a una comunidad intelectual. Bien miradas, sin embargo, las tres primeras controversias, que constituyen también la premisa y la base sobre la que se ha desarrollado la cuarta, giran alrededor de una misma cuestión: la *singularidad histórica* del nazismo y de sus crímenes.⁹ El reconocimiento de esta singularidad es en lo sucesivo el postulado implícito de la mayoría de las investigaciones sobre el nazismo. No se trata aquí de volver a considerar esta singularidad, que admito por mi parte y que me parece una adquisición importante de la historiografía de estos últimos veinte años. Lo que quisiera subrayar, por el contrario, es su corolario, es decir, las consecuencias problemáticas, algunas veces inquietantes, que han acompañado el desenvolvimiento de este reconocimiento. A la cabeza de esas derivaciones negativas habría que registrar la desaparición –que evoqué al principio– del concepto de fascismo.

Se tiene la impresión, sobre esta cuestión crucial, que todos están alineados silenciosamente pero firmemente del lado de Karl Dietrich Bracher, el historiador liberal-conservador que siempre ha rechazado esta noción con la mayor coherencia. Desde hace más de cuarenta años, Bracher opone su visión “totalitaria” de la Alemania nazi a las diferentes teorías del fascismo, una categoría que sólo designa en su opinión a la Italia de Mussolini.¹⁰ Algunos de sus discípulos, como Hans-

Helmut Knütter, se rehúsan también a atribuir al fascismo el status de concepto (*Begriff*), reduciéndolo a una simple “consigna” (*Schlag-wort*), a una ideología y a una herramienta de propaganda. Esta actitud no es novedosa.¹¹ Lo que es nuevo, por el contrario, es la adhesión a esta posición de los historiadores y de los politólogos procedentes de la izquierda, como por ejemplo Wolfgang Kraushaar o Dan Diner. El primero ahora defiende la idea de una antinomia conceptual entre el totalitarismo y el fascismo.¹² El segundo ha publicado recientemente una ambiciosa e interesante tentativa de “comprensión” del siglo XX (*Das Jahrhundert verstehen*) en la cual no recurre casi nunca a la noción de fascismo.¹³ El nacional-socialismo aparece en este libro como un fenómeno exclusivamente alemán, completamente distinto e independiente del fascismo italiano tanto en su contenido como en su forma, imposible de ser reducido a un fenómeno fascista de alcance europeo. Son escasos los historiadores que continúan utilizando la noción de fascismo; la mayoría de ellos proceden de la escuela histórica de la antigua RDA, como Kurt Pätzold, o son “electrones libres” procedentes de la izquierda alemana occidental, como Wolfgang Wippermann.¹⁴ Es significativo constatar que la única obra hoy disponible en Alemania sobre los fascismos sea traducida del polaco: *Schulen des Hasses*, de Jerzy W. Borejsza.¹⁵ Otro signo revelador de esta mutación en el paisaje intelectual es el abandono de la noción de fascismo por uno de aquellos que más habían contribuido a su difusión: Ernst Nolte. Devenido célebre, a comienzos de los años sesenta, gracias a un libro ambicioso y notable en el que interpretaba al fascismo como un fenómeno europeo del que analizaba tres variantes principales –el régimen de Mussolini en Italia, el nacional-socialismo alemán y la Acción Francesa–, hoy prefiere calificar al nacional-socialismo de totalitarismo, del que ha intentado dar una explicación “histórico-genética”.¹⁶

Las razones de un eclipse

En el origen de este “ostracismo” conceptual –una ausencia que no es un olvido sino un ocultamiento consciente, un poco como la “carta robada” de Edgar Allan Poe o la “desaparición” de Georges Perec– hay seguramente muchos factores. Quisiera resaltar aquí al menos cuatro, liga-



José Planas Casas

dos tanto a la evolución intrínseca de la investigación histórica como a una mutación del *Zeitgeist*, a un cambio del clima político y cultural de Alemania.

1. En el plano estrictamente científico, es evidente que las teorías clásicas del fascismo, la mayoría de las veces inspiradas en el marxismo, han mostrado todas ellas sus limitaciones. Difícilmente podría satisfacer hoy una explicación del nazismo como expresión, conforme a la fórmula canónica, de los sectores más agresivos del gran capital y del imperialismo alemán, o de la misma manera, en términos más matizados, como resultado de una correlación de relaciones de fuerzas entre las clases. Los límites de tal lectura son desde ahora reconocidos aunque –dicho sea de paso– las interpretaciones marxistas, poco frecuentes en nuestros días, sean generalmente mucho más ricas y complejas de lo que se piensa (los marxistas están entre los primeros en haber hablado del fascismo en términos de totalitarismo, de policracia, de carisma, de psicología de masas, etc.).¹⁷ Un simple y puro abandono de toda dimensión de clase en el análisis del nazismo corre el riesgo además de conducir a un atolladero tan grande como una lectura en términos rigurosamente “clasistas”. Aunque nadie podría pretender seriamente que las cámaras de gas correspondieron a un designio del capitalismo monopolista alemán, la implicación de este último en el sistema concentracionario nazi es incontestable, al igual que el sostén de las elites alemanas al régimen nazi prácticamente hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

2. Por otra parte, la investigación ha echado luz sobre las diferencias entre el fascismo italiano y el nacional-socialismo, sobre todo en el plano de la ideología. El antisemitismo, que ocupa un lugar central en la visión del mundo y en la política nazi, permanece ausente del fascismo hasta 1938. Dicho de otro modo, es introducido sólo dieciséis años después de la llegada de Mussolini al poder. De una manera más general, las matrices culturales del fascismo italiano (la presencia en sus orígenes de un componente “de izquierda”), su exaltación del Estado “totalitario” (en lugar de la *völkische Gemeinschaft*) e incluso su definición del nacionalismo (más espiritualista que biológica) revelan diferencias tan profundas con el nacional-socialismo que una visión monolítica del fascismo como fenómeno ho-

mogéneo del que las variantes nacionales sólo serían superficiales y accesorias, aparece forzosamente discutible.¹⁸

3. Si estas lagunas y limitaciones objetivas han favorecido una reconsideración del concepto de fascismo, un factor poderoso que ha determinado su eclipse es de naturaleza esencialmente política. La noción de fascismo era un dogma para la escuela histórica de la RDA, en un contexto en el que eran muy delgadas las fronteras entre la investigación y la ideología, entre la interpretación del pasado y la apología del orden dominante. Después de la reunificación, esta noción ha desaparecido siguiendo a la demolición, en el sentido literal del término, de la escuela histórica que la defendía. Este proceso ha estado acompañado en primer lugar por la reconsideración, y luego, por el rechazo radical de otra noción, la de antifascismo, en un país donde este último aparecía mucho más como una ideología de Estado que como la herencia de un movimiento de Resistencia. Este rechazo era tanto más fácil cuanto que sólo la historiografía de la RDA podía legítimamente considerarse como la heredera de una tradición antifascista; no así los historiadores alemanes occidentales que pertenecían a lo que actualmente es corriente denominar la “generación de la Hitlerjugend” y todavía menos sus maestros que dominaron la disciplina durante la “era Adenauer” y que habían adherido con frecuencia al partido nazi antes de 1945. Allí hay una diferencia fundamental con la historiografía italiana, cuyas querellas actuales tienden a la reevaluación del “paradigma antifascista” sobre el que ella se reconstituyó después de 1945. Pero esta descripción estaría incompleta sin otro elemento político. El concepto de fascismo, en la sociedad alemana occidental de los años sesenta y setenta, designaba más el presente que el pasado y servía para motivar la lucha contra las tendencias autoritarias de un sistema político que había nacido de las cenizas del III Reich. Según la célebre fórmula de Adorno, el peligro representado por las supervivencias del fascismo en la democracia era aún más grande que la amenaza de una recaída en el fascismo.¹⁹ La solidez de las instituciones democráticas alemanas, de la que la reunificación ha sido una prueba decisiva, ha mostrado el carácter anticuado y en adelante obsoleto de tal concepción.

4. Pero el elemento que sin duda ha contribui-

do más al abandono de la noción de fascismo en el seno de la historiografía alemana es la emergencia de una conciencia histórica fecundada por la memoria de Auschwitz. El fascismo aparece como una categoría demasiado general para aprehender Auschwitz; el carácter único del exterminio industrial de los judíos de Europa no puede ser captado por un concepto que ha sido aplicado también a la Italia de Mussolini, a la España de Franco, al Portugal de Salazar, a la Austria de Dolfuss, a la Rumania de Antonescu, etc. La noción de fascismo, ha escrito Dan Diner con una fórmula tajante, “no permite llegar al núcleo de Auschwitz”.²⁰ El eclipse del concepto de fascismo aparece así como el epílogo de un largo recorrido de la historiografía alemana que ha desembocado en una visión del pasado en cuyo centro se inscribe en lo sucesivo la Shoah, el “punto fijo” del sistema nazi, marcado por una irreductible “unicidad” (*Einzigkeit*).

Es legítimo entonces plantear un interrogante: la noción de totalitarismo, que ha conocido un renacimiento espectacular en el curso del último decenio, tanto en Alemania como en el resto de Europa, ¿sería más apta para aprehender tal singularidad? El desplazamiento del comparativismo histórico de la relación entre el fascismo italiano y el nazismo a la relación entre el nazismo y el comunismo, ¿sería más esclarecedor para comprender la naturaleza del régimen hitleriano y la singularidad de sus crímenes? El paralelismo entre el “doble pasado totalitario” de Alemania, el del III Reich y el de la RDA, aquél de un régimen —para retomar la fórmula de Étienne François— que ha acumulado una montaña de cadáveres y el de otro que ha acumulado una montaña de expedientes,²¹ ¿llevaría a conclusiones de un valor heurístico mucho mayor? La duda me parece permitida.

No se trata de discutir el valor de la noción de totalitarismo —a mi criterio limitado pero real— ni de recusar la legitimidad de una comparación entre los crímenes del nazismo y los del estalinismo. Lo problemático es, por una parte, la interpretación del totalitarismo como categoría analítica incompatible y alternativa a la de fascismo y, por otra parte, la atribución de una mayor envergadura epistemológica a la comparación entre el nazismo y el comunismo que a la del fascismo y el nazismo. No se trata tampoco de negar la sin-

gularidad histórica de los crímenes nazis, puesto que el exterminio industrial de los judíos de Europa permanece como una característica exclusiva del nacional-socialismo. Pero si las cámaras de gas no tienen equivalente fuera del III Reich, sus premisas históricas —el antisemitismo, el racismo, el antiiluminismo, la modernidad técnica e industrial— están ampliamente presentes, en grados de intensidad diferentes, en el conjunto del mundo occidental. *A fortiori*, la singularidad de los crímenes del nazismo no excluye su pertenencia, a pesar de todas sus particularidades, a una familia política más vasta, la de los fascismos europeos. Ahora bien, es precisamente esta hipótesis la que ha conocido, desde el *Historikerstreit* hasta los debates más recientes en torno del *Libro negro del comunismo* —cuyo impacto en Alemania no ha sido despreciable—, un eclipse casi total. Así hemos asistido, a pesar de los logros incontestables de la investigación, al retorno de un “consenso anti-totalitario” que suponía un *a priori* “anti-antifascista”, para retomar las palabras de Jürgen Habermas a propósito de la Alemania anterior a 1968.²²

Consenso anti-totalitario y memoria de la Shoah

Para resumir, el eclipse del concepto de fascismo depende de la confluencia de dos tendencias: por una parte este consenso antitotalitario liberal y “anti-antifascista”, por otra, la emergencia de una conciencia histórica fundada sobre la memoria de la Shoah y sobre el reconocimiento de su singularidad. Es sorprendente constatar que estas tendencias han sido favorecidas por ciertas corrientes de la historiografía italiana, poderosamente amplificadas por los medios de comunicación de la Península, que apuntan precisamente a rehabilitar el fascismo y a criminalizar el antifascismo a partir del reconocimiento de un clivaje radical entre el fascismo y el nazismo. El fascismo italiano, afirmaba Renzo De Felice en una entrevista que tuvo un gran impacto, queda fuera del “cono de sombras del Holocausto”.²³ Este fenómeno perverso —el reconocimiento de la singularidad del *judeicidio* que actúa en Alemania como vector de la formación de una conciencia histórica, y en Italia como pretexto para una rehabilitación del fascismo— es una fuente permanente de malen-

tendidos y de ambigüedades que ha profundizado más el foso que separa las dos historiografías.

Los riesgos que derivan de la instalación de tales tendencias son los que Martin Broszat había denunciado al comienzo de su correspondencia con Saul Friedländer y de los que este último parece reconocer actualmente, al menos en parte, su clarividencia: un “aislamiento” del pasado nazi que impediría asir los vínculos con los otros fascismos europeos y, de un modo más general, con el modelo de civilización del mundo occidental. Asir estos vínculos no significa “normalizar” o rehabilitar al nazismo, más bien significa “desnormalizar” nuestra civilización y reconsiderar la historia de Europa. Si existe un *Sonderweg* alemán, éste no explica los orígenes del nazismo sino su resultado.²⁴ En otras palabras, la singularidad de la Alemania nazi depende de una síntesis, desconocida en otra parte, entre varios elementos —antisemitismo, fascismo, Estado totalitario, modernidad técnica, racismo, eugenesia, imperialismo, contrarrevolución, anticomunismo— aparecidos en el conjunto de Europa a fines del siglo XIX y desarrollados intensamente a escala continental con la Primera Guerra Mundial.

Este “aislamiento” corre el riesgo de distanciar a la historiografía alemana de las principales corrientes de la investigación a nivel internacional, en la que generalmente es admitida la legitimidad del concepto de fascismo como “tipo ideal”. Son innumerables los historiadores que han hecho y hacen uso de él en los años recientes. Basta con pensar en George L. Mosse, James Gregor, Roger Griffin, Robert Paxton, Stanley Payne y Ian Kershaw en el mundo anglosajón, en Zeev Sternhell, Philippe Burrin y Pierre Milza en el mundo francófono, en Enzo Collotti, Gustavo Corni y Nicola Tranfaglia en Italia. Más aún, el rechazo de la noción de fascismo (y, en consecuencia, del antifascismo) no hace más que replantear la eterna cuestión de las relaciones entre historia y memoria, en la medida en que profundiza un hiato radical entre la historización actual del nacional-socialismo y la percepción que de él tenían sus contemporáneos, en el momento en que el fascismo, antes de ser una categoría analítica, era un peligro contra el cual era indispensable batirse y el antifascismo, antes de convertirse en una ideología de Estado, constituía un *ethos* compartido de la Europa democrática (y, en ese contex-

to, de la cultura alemana en el exilio). He aquí algunas cuestiones que pienso que merecen ser planteadas.

[Traducción: María Inés Tato de *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, nº 68, octubre-diciembre 2002, publicación de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre./

Revisión técnica: Laura Ehrlich]

- 1 Se trata de la jornada sobre el tema “Nazismo, fascismo, comunismo: debates y controversias historiográficas en Alemania y en Italia” desarrollada en la *Maison d'Italie* de París el 29 de mayo de 2001, como parte del seminario “Territorio y militantes comunistas: aproximaciones plurales y comparadas” (CHS du XXe siècle – Université Paris 1 – CNRS) [N. de R.]
- 2 Tim Mason, “Whatever happened to «Fascism»?”, en: *Nazism, Fascism and the Working Class. Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 323-331.
- 3 Ernst Nolte, “Vergangenheit, die nicht vergehen will”, y Jürgen Habermas, “Ein Art Schadensabwicklung”, en *Historikerstreit*, Munich, Piper, 1987, pp. 39-47 y 62-76.
- 4 Martin Broszat, Saul Friedländer, “Sur l’historisation du national-socialisme. Échange de lettres”, *Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz*, 1990, nº 24, pp. 43-86. Cfr. también las contribuciones de Philippe Burrin y Saul Friedländer sobre el tema en *Vingtième Siècle*, octubre-diciembre 1987, pp. 31-54.
- 5 Daniel J. Goldhagen, *Les bourreaux volontaires de Hitler. Les Allemands ordinaires et l’Holocauste*, París, Seuil, 1997. [Hay edición castellana: Daniel J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Aguilar, 1997. N de R.] Véase sobre este tema Enzo Traverso, “La Shoah, les historiens et l’usage public de l’histoire”, *L’Homme et la Société*, 1997/3, nº 125, pp. 17-26.
- 6 Véase Götz Aly, *Macht, Geist, Wahn. Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997 (reed. Fischer, Fráncfort del Meno). Para un balance de conjunto, cfr. Marina Cattaruzza, “Ordinary Men? Gli storici tedeschi durante il nazional-socialismo”, *Contemporanea*, 1999, II, nº 2, pp. 331-339.
- 7 Edouard Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah*, París, Presses Universitaires de France, 2000, pp. 271-272.
- 8 Sobre esta cuestión, cfr. sobre todo Carlo Ginzburg, *Le juge et l’historien*, París, Verdier, 1997. [Hay edición castella-

- na: Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*. Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993. N de R.]
- 9 Enzo Traverso, "La singularité d'Auschwitz. Problèmes et dérivés de la recherche historique", en C. Coquio (ed.), *Parler des camps, penser les génocides*, París, Albin Michel, 1999, pp. 128-140.
- 10 Karl-Dietrich Bracher, *Zeitgeschichtliche Kontroversen. Um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, Munich, Piper, 1976.
- 11 Hans-Helmut Knütter, *Die Faschismus-Keule. Das letzte Aufgebot der deutschen Linken*, Fráncfort del Meno, Ullstein, 1993, p. 14.
- 12 Wolfgang Kraushaar, "Die auf dem linken Auge blinde Linke. Antifaschismus und Totalitarismus", *Linke Geisterfahrer. Denkanstösse für eine antitotalitäre Linke*, Fráncfort del Meno, Verlag Neue Kritik, 2001, pp. 147-155.
- 13 Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen. Ein universalhistorische Deutung*, Munich, Luchterhand, 1999.
- 14 Wolfgang Wippermann, *Faschismustheorien. Die Entwicklung der Diskussion von den Anfang bis heute*, Darmstadt, Primus Verlag, 1995.
- 15 Jerzy W. Borejsza, *Schulen des Hasses. Faschistische Systeme in Europa*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1999.
- 16 Ernst Nolte, *Le fascismo dans son époque*, París, Julliard, 1970; su interpretación "histórico- genética" del totalitarismo está presente en su correspondencia con François Furet, *Fascisme et communisme*, París, Plon, 1998 [Hay edición castellana: Furet, F., Nolte, E., *Fascismo y comunismo*, México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998]
- 17 Véase David Beetham (ed.), *Marxists in face of fascism. Writings by Marxists on Fascism from the Inter-War Period*, Manchester, Manchester University Press, 1983.
- 18 Enzo Traverso, "Le totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat", *Le totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, París, Seuil, 2001, p. 27. [Hay edición castellana: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, EUDEBA/Rojas, 2001. N de T.]
- 19 Theodor W. Adorno, "Que signifie: repenser le passé?", *Modèles critiques*, París, Payot, 1984, pp. 97-98.
- 20 Dan Diner, "Antifaschistische Weltanschauung. Ein Nachruf", *Kreisläufe*, Berlín, Berlin Verlag, 1995, p. 91.
- 21 Étienne François, "Révolution archivistique et réécriture de l'histoire: l'Allemagne de l'Est", en Henri Rousso (ed.), *Nazisme et stalinisme. Histoire et mémoire comparées*, París-Bruselas, Complexe, 1999, p. 346. En realidad E. François retoma una fórmula de Christian Meyer, ex presidente de la Asociación de historiadores alemanes.
- 22 Jürgen Habermas, "Conscience historique et identité post-traditionnelle", *Écrits politiques*, París, Cerf, 1990, pp. 315-316.
- 23 Cfr. la entrevista a Renzo De Felice en Jader Jacobelli (ed), *Il fascismo e gli storici oggi*, Bari -Roma, Laterza, 1988, p. 6. Para un paralelismo entre el enfoque de Nolte y el de De Felice, cfr. Wolfgang Schieder, "Zeitgeschichtliche Verschränkungen über Ernst Nolte und Renzo De Felice", *Annali dell'Istituto italo-germanico di Trento*, 1991, XVII, pp. 359-376.
- 24 George Steinmetz, "German exceptionalism and the origins of Nazism: the career of a concept", en I. Kershaw, M. Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 257.